

Conferencias Aranguren ¿Fin de la intimidad?

La (im)posibilidad de un mundo sin párpados. Ensayo sobre la intimidad conectada The (im)possibility of a World Without Eyelids. Essay on Online Intimacy

REMEDIOS ZAFRA*

Universidad de Sevilla / Instituto de Filosofía del CSIC, Madrid / España

RESUMEN. “Lo terrorífico del animal de ojos duros (...) es que ve todo el tiempo” (Derrida). No extraña que la pregunta por el fin de la intimidad se active en una época de conexión permanente, ojos-pantalla y sobreexposición generalizada. Si las subjetividades modernas se construyeron mirando a un lugar interior, hoy se deriva hacia la “exteriorización del yo”. Como efecto, las personalidades tienden a mercantilizarse y lo privado no se representa, se expone. En la cultura-red los clásicos ámbitos de relación se diluyen en una esfera público-privada hipervisible, reduciendo a su menor expresión los tiempos de intimidad y como ciudadanos. Sin embargo, entre las amenazas para el sujeto humanista la alianza feminista se ve reforzada por este escenario donde lo personal político puede ser público y compartido. Las lecturas críticas señalan una discontinuidad histórica y cultural en el control sobre la visibilización del ámbito

más personal y privado que oscila entre la voluntad propia de publicar lo íntimo y la presión del tecnoliberalismo por gestionarla, por dominar el párpado.

Palabras clave: Intimidad; Internet; subjetividad; esfera público-privada; feminismo.

ABSTRACT. “The terrifying thing about the hard-eyed animal (...) is that it sees all the time” (Derrida). It is not surprising that the question of “the end of intimacy” is activated in a time of permanent connection, eyes-screen and generalized overexposure. If modern subjectivities were built looking at an interior place, today it is derived towards the “externalization of the self”. As an effect, personalities tend to be commercialized and the private is not represented, it is exposed. In the network-culture, the classic areas of relationship are diluted in a hypervisi-

* Email: rzafra@us.es / <https://orcid.org/0000-0002-5216-9743>. Pensadora y ensayista, orienta su trabajo al estudio crítico de la tecnología y la cultura contemporánea. Profesora de Arte, Género y Cultura Digital en la Universidad de Sevilla y tutora de Antropología en la UNED. Su obra ha recibido, entre otros, los premios: Anagrama de Ensayo, Estado Crítico, Público de las Letras, Málaga de Ensayo, Carmen de Burgos, Leonor de Guzmán y Meridiana. Es autora de ensayos como *El Entusiasmo* (2017), *Ojos y Capital* (2015), *(H)adas* (2013), *Un cuarto propio conectado* (2010) y *Netianas* (2005): www.remedioszafra.net

ble public-private sphere, reducing intimacy and citizenship to a lesser degree. However, among the threats to the humanist subject the feminist alliance is reinforced by this scenario where “the personal political” can be “public and shared”. Critical readings point to a historical and cultural discontinuity in the control

over the visibility of the most personal and private sphere that oscillates between the will to publish the intimate and the pressure of *technoliberalism* to manage it, to dominate the eyelid.

Key words: Intimacy; Internet; subjectivity; public-private sphere; feminism.

I. LA INTIMIDAD COMO POSICIÓN. UN CUERPO SE REPLIEGA

Quizá sea un poético guiño cómplice de la carne o un desquite que materializa la proclama *vida interior*, pero parece más bien una perversa coincidencia que mientras reflexiono sobre intimidad el cuerpo desde el que escribo ande *replegándose*. Cierto, la intimidad de la que trato en este ensayo está definida por los tiempos conectados que vivimos y no por los cuerpos enfermos, pero ustedes y yo sabemos que toda posición desde la que se escribe termina atravesando las cosas que se dicen: ese mundo de pantallas y sin párpados, tan plagado de luminosidad y estímulo, ese mirar por las ventanas sin píxeles, estos dedos y ojos, esas teclas.

Que la enfermedad mengüe animosamente mi vista y comience a hacerlo con el oído al tiempo que reflexiono con Javier Echeverría y escribo sobre introspección, intimidad y mundo conectado, ha sido algo casual. Pero les diré que a las dolencias y limitaciones que esta merma conlleva se une una pequeña fortuna que moviliza una suerte de *intimidad duradera*, un aislamiento por apagamiento de los sentidos que deriva y me sumerge (con mayor o menor goce) en mi mundo interior. Y como efecto también un descanso del hiperproductivo mundo de afuera, que relaja su exigencia aflojando el lazo ante un cuerpo que identifica como averiado, un cuerpo *pobre*, bajando –mínimamente, pero algo– su expectativa sobre mí.

Así, con una incipiente sensación de liberarme de lo que de mí se espera y de recuperar un añorado tiempo propio, manejo la doliente impresión de haber descubierto al no ver, cómo veía, al no escuchar como escuchaba. Sólo la ausencia hace tan presente lo inadvertido, el suelo que se pisa, el sonido de los pasos propios, la definición compartida del mundo exterior, la conciencia del párpado, la puerta que separa, la lente que permite enfocar.

En la pre-intimidad del espacio privado que es la casa me dicen, irónicamente, casi cada día, que es muy egoísta por mi parte andar desconectándome del exterior. Sé que buscan en la reiteración de su decir la resiliencia de un asentar, hasta crear, la ventaja que pudiera extraerse para quien se dedica al pensamiento y la escritura, recuperar desde el cuerpo enfermo ese tesoro hoy bom-

bardeado que es la concentración, enfrentar el menoscabo de la *capacidad de atención*¹ que algunos relacionan con la desintegración subjetiva y con la época. Por ahora, en esta renovada introspección no siempre me concentro. Mientras me acostumbro a ella derivo de aquí para allá, recolocando pérdidas, “replegándome como cuerpo” buscando, como advierte Javier, poder mejor “desplegar el espíritu”.

Cierto que gran parte de lo que les cuento es íntimo y tal vez no les importe más allá de la curiosidad que despierta poner piel a quien escribe, una historia que vulnerabiliza a quien escribe. No se puede vivir la vida de otro. Sin embargo, aunque las palabras sobre la intimidad de una solo alcancen a arañar la corteza de quien lee para encender la empatía o el prejuicio, autonarrarse desde la intimidad propia, en tanto espacio que no puede ser habitado por otros, es una de las pocas formas de sortear las máscaras de quien habla. Una forma que busca encender vínculo y quizá plural con lo que, vulnerable y perteneciéndonos, no nos hace únicos, con el código que como humanos nos iguala.

Y me pregunto si acaso el mundo de ahora, quiero decir “nosotros” como plural, no tenemos una dolencia con efectos similares a la mía que les comparto, pues a pesar de disponer de tecnologías que ofrecen impresionantes definiciones, algo también dificulta enfocar y miramos las cosas como si marcháramos en un tren de alta velocidad, siempre acelerados, ráfaga veloz y desdibujada, golpe de vista. Sin embargo, mientras mi patología es una cuestión ubicada en los ojos (un lugar), lo que le pasa al mundo pareciera tener más que ver con el tiempo, con *la exaltación del tiempo*.

Esta sensación de celeridad, de vivir sin tiempo, se materializa en la intrusión del mundo conectado en cada momento como algo muy presente en la vida cotidiana, caracterizada por la ansiedad y la sobreproducción bajo una primacía que denominaría de *presente continuo*. En la actualidad conectada a las personas nos cuesta bajar el ritmo, incluso en los tiempos de vida que antes no era trabajo seguimos enganchados a pantallas y prácticas diversas que dificultan los espacios y tiempos vacíos, aquellos que merodean concentración e intimidad, bajar los párpados.

Un *horror vacui* tecnológico nos ha asaltado disfrazado de oportunidad y la rueda gira y gira, haciéndonos partícipes de una presión explotadora y auto-explotadora. Porque en ella no está claro donde empieza y termina uno mismo.

Y me parece que bajo esta inercia el riesgo para el sujeto es grande, que en estos días de ahora, vida pública y vida íntima precisan ser reforzados para fre-

¹ “Resulta significativo que a finales del siglo veinte, la actual crisis social de desintegración subjetiva esté siendo diagnosticada metafóricamente como una deficiencia de la capacidad de ‘atención’”. Cray, J. (2008), *Suspensiones de la percepción. Atención, espectáculo y cultura moderna*. Madrid: Akal, p. 11.

nar esa rueda. Porque mi intimidad es también el derecho a que me dejen tranquila y a la vida aquí adentro, esa que me permite pensarme pero también pensar el afuera, comprometerme con otros.

Así, mi intimidad es, pero no solo, lo que ocurre cuando cierro las puertas, algunas puertas, muchas de mis conversaciones privadas, mis pastillas, mis informes médicos, mis archivos guardados, mi pasado no compartido, mi sexo, mis búsquedas en Google, mis facturas y llamadas, mi báscula, mi vulnerabilidad, mis envidias y deseos, lo que amo, pero también lo que pienso bajo la influencia de mi cultura y mi tiempo, mi subjetividad, lo que no sé expresar con palabras, mis miedos, mi concentración para enfrentarme y posicionarme junto a otros en el mundo.

Pero pasa que mi concentración depende cálidamente de mi capacidad de atención, tan disputada hoy como puerta de entrada a un mundo en pantalla y desglosado en datos. Todos quieren ahora llamar nuestra atención, que dejemos pistas de lo que sólo pronunciamos cuando nos creemos a solas y sin testigos. De hecho, no pocas formas de esa intimidad que relato son ahora monitorizadas tecnológicamente buscando hacer operativo al sujeto. Y ocurre que la máquina aún no es vista como un testigo.

En los últimos tiempos, en lo que dejamos en la red y en aquello a lo que accedemos de los otros, todo se registra y cuantifica, como si delegando dócilmente en la máquina todo lo dijera ella, todo lo resumiera ella. Las cifras ubican, traducen y ordenan, incluso lo que tiene que ver con el mundo interior y la privacidad. Porque la máquina sabe que hoy he hecho 17 búsquedas sobre salud, conocidos y deseos sintiendo que nadie me veía, que he descargado 8 archivos, que he visitado 6 perfiles de conocidos, que he enviado 12 mensajes, que he comprado este libro y ese juguete, que he reservado allí, qué viajaré mañana. La máquina sabe, aunque yo aún no la vea claramente como un testigo.

Pero la sensación es que rara vez importa lo que la máquina sepa, porque *visibilizando mundo* la máquina *invisibiliza su lente* y se hace inadvertida, ¿por qué iba yo a importarle a una máquina? Respecto a los otros, tampoco está claro que nos miren, entretenidos como están en sí mismos es como si cada cuál mirara su espejo y pocas veces se girarán para ver un mundo de gente mirándose al espejo. Bajo esa primera impresión no podemos afirmar que los otros, como nosotros, accedan fácilmente a lo íntimo, acostumbrados a ser vistos y conscientes de que lo que publicamos en la red son mediaciones, incluso publicándolas a cada instante, habitualmente son lo que decimos pensar, lo que fotografiamos aparentando hacer, una suerte de impostura o de máscara público-privada.

Sin embargo, he aquí un dominio contemporáneo que nos pasa desapercibido, que quienes tienen el poder de gestionar la máquina conocen y controlan

toda una multitud de intimidades aisladas y en conjunto cuando no vemos la tecnología como un testigo. Sobre cómo este asunto afecta a la emancipación del sujeto y a sus formas de implicación ciudadana y colectiva en una *cultura-red*² quisiera tratar en las páginas que siguen.

II. SOBRE LO PÚBLICO, LO ÍNTIMO Y LO PRIVADO

Desde la vulnerabilidad de un cuerpo enfermo todo parece reducirse a un mundo interior y un mundo exterior, pero pronto aparecen los otros y las configuraciones cambian. A poco que indagemos teóricamente en el pasado, observaremos cómo cada grupo, cada época y cultura construye los límites y ámbitos que le permiten articularse y reproducirse como sistema. En este lugar del mundo un cierto consenso teórico nos ha llevado en los últimos tiempos a diferenciar tres esferas o ámbitos: la vida que es abiertamente accesible a los demás considerada *vida pública*, la que conformamos con las personas que vivimos considerada *vida privada*, y la que sólo nos pertenece a cada uno o *vida íntima*.

También parece que estos tres ámbitos siendo dinámicos funcionan como esferas de lenguaje. Esferas que se contienen unas a otras y están cargadas de historia. Victoria Camps³ aborda esa interdependencia aludiendo a cómo la vida privada se presenta como un “repliegue de la pública”, y la íntima como “repliegue de la privada”. Se refiere a las dos primeras (pública y privada) como tiránicas en tanto están regladas desde fuera en un caso y desde fuera y por quienes la habitan, en otro. Por el contrario, Camps define la vida íntima por no tener reglas, como algo que nos pertenece, es interior. Ser propia y, teóricamente, no ser visible la libera. No hay que dar explicaciones de lo que en ella sentimos o pensamos, es la carencia de normas lo que la singulariza.

De otro lado, también la intimidad puede ser entendida como un concepto político en tanto nos permite distinguir ámbitos de articulación colectiva, de relación con los otros y con nosotros mismos en función de categorías como el género, la edad o la cultura. De cómo una época gestiona, promueve o dificulta la intimidad para unos y otros se derivan diferentes mundos de vida, incluso distintos grados y espejismos de libertad.

Pero en todo caso la intimidad es un invento reciente y, tal como sugiere Aranguren, “no ha existido siempre”⁴. Cada comunidad en cada momento

² Desarrollo la expresión *cultura-red* en mi ensayo *Ojos y Capital* (Consonni, 2015).

³ Camps, V, “La reconstrucción de lo público y lo íntimo”, en Castilla del Pino, C. (1989), *De la Intimidad*. Barcelona: Crítica, pp. 59-76.

⁴ Aranguren, J. L., “El ámbito de la intimidad”, en Castilla del Pino, C. (1989), *De la Intimidad*. Barcelona: Crítica, pp. 17-24.

construye las formas que le permiten reproducirse más allá del abordaje que nos hace hablar de mundo interior y mundo exterior. En ese sentido, podemos también afrontar la intimidad como una derivación más específica del concepto de *privacidad* que surge durante las reformas político-religiosas que caracterizaron la Modernidad y que nos ha facilitado distinguir ámbitos en función del acceso que tienen los demás a nosotros y nosotros a ellos cuando las sociedades cambian y disponemos de tiempo propio.

Estos repliegues de la vida pública y privada y los que vienen pueden igualmente tener lecturas ambivalentes tal como sugiere Aranguren, que señala una acepción positiva del “repliegue de la vida sobre sí misma, hasta crear un ámbito propio, frente al anterior y omnipresente ámbito público”, y una acepción negativa, apuntando a una esfera “privada-de apertura a lo público, cerrada o tendente a cerrarse en sí misma”⁵.

Por otra parte, *lo privado* reclama la diferenciación de un espacio habitable común, es decir un espacio habitable compartido con un grupo que permite definir otros no compartidos. De un lado, el íntimo como espacio personal y, de otro, el público como espacio exterior. Sin embargo, estas tres esferas siendo para Aranguren “ámbitos distinguibles”, no estarían claramente separadas pues interactúan constantemente y sus límites serían dinámicos.

En todo caso, para el filósofo la intimidad está vinculada con la reflexión y la conciencia, con la subjetividad, pero también con la *autonarración* y la *autointerpretación*. Y este asunto me parece aquí importante, porque si bien esta posibilidad de contarse a sí mismo la propia vida requiere un contexto, una oportunidad de tiempo y concentración, ni en todos los tiempos y culturas, ni en todas las personas ha estado garantizado y he aquí una de las aristas a las que quisiera apuntar.

Autores como Castilla del Pino se refieren a intimidad como a aquellas actuaciones internas del sujeto como “fantasear, imaginar, proyectar, suponer, idear, pensar, sentir (gustar, envidiar, amar, odiar)”⁶. A partir de esta idea que vincula al sujeto consigo mismo, advierte que al presenciar actuaciones relativas a la intimidad de los otros solo podemos atenernos a lo que observamos, dado que la intención con que algo se hace pertenece a quien lo hace, es íntima. De forma que, más allá de lo explícito, solo podremos opinar de manera superficial a partir de lo que el cuerpo, el lenguaje y su proxémica delatan, o a partir de lo que el sujeto pronuncia y quiere compartir como *autonarración*, pues siempre opera una barrera que impide acceder directamente a lo íntimo.

⁵ Aranguren, 1989, p. 19.

⁶ Castilla del Pino, C. (1989), *De la Intimidad*. Barcelona: Crítica, pp. 7-16.

No extraña entonces que algunos consideren el lenguaje un instrumento insuficiente para acceder a la intimidad del otro, y que encontremos en la práctica artística en su sentido más amplio y expresivo un valor añadido para tal fin. De hecho, la autoexpresión es una de las formas creativas más habituales, teniendo en la expresión íntima uno de sus más inspiradores relatos, como veremos en el último apartado al hablar de intimidad y arte feminista.

Bajo una lectura diferente pero también vinculada al lenguaje, José Luis Pardo⁷ se refiere a la intimidad como “un efecto del lenguaje” que no solo “no excluye a otros” sino que “presupone una comunidad”. De forma que serían los vínculos de esa comunidad los que conforman lo que en un momento y lugar dado entendemos por intimidad. Vínculos que claramente vendrían delimitados por una estructura política. En esta línea, Pardo diferencia “privacidad y publicidad” de una parte, y “comunidad e intimidad” de otra, sugiriendo que cada una de ellas funciona tanto como condición de posibilidad de la otra, como límite para la otra. Lo que importaría entonces es el carácter relacional de definirse en contexto, ya que los límites entre intimidad y comunidad se transforman, condicionan y reajustan claramente, de forma que si una está en riesgo la otra también. El efecto al que apunta es medular en ambos sentidos pues en ese lugar donde la intimidad está en riesgo, también se vería amenazado el espacio público y ciudadano.

Bajo este prisma, algo me parece crucial para la pregunta política por la intimidad en la *cultura-red*, y es que ni la intimidad por sí misma ni la comunidad por sí sola garantizan un sujeto emancipado, sólo la *movilidad* entre ambas permite un libre ejercicio íntimo y comunitario.

En no pocas culturas el espacio público ha buscado configurarse como un espacio habitualmente entre *iguales* y sometido al poder político, mientras que en el espacio privado el poder se delega en quien ostenta el mando subordinando a los *desiguales*. Por ejemplo, en sociedades patriarcales el poder público ha recaído en los hombres y el del hogar en el padre de familia. En un hilo análogo, ejemplifica Pardo cómo en la polis antigua la superioridad del *pater* de familia sobre sus inferiores: mujer, hijos y esclavos, definía la privacidad y el dominio que el jefe de familia tenía respecto a la vida y la muerte de estos *desiguales*. En ese contexto precisa una idea que me resulta sumamente interesante para el contrarrelato crítico de la intimidad para los *desiguales*, al identificar la intimidad como ese reducto que les queda a quienes están sometidos, ese espacio inalienable que no es público ni privado y que caracteriza una forma sin-

⁷ Pardo, J. L. (1998), “Políticas de la intimidad. Ensayo sobre la falta de excepciones”, *Logos: Anales del Seminario de Metafísica*, N° 32, 1998-99, pp. 145-196.

gularmente humana frente a la fuerza del “déspota doméstico o del soberano público”⁸.

En todos los casos los límites entre estas esferas tratan del poder y de la relación con los otros, de un lado aquellos con los que compartimos espacio vital y esos otros con los que no. Asunto que hoy es transformado en Internet al operar como magma fluido público-privado. Ello suscita nuevas preguntas sobre quienes son hoy los *desiguales* y de qué manera se actúa sobre ellos.

También es cierto que en ningún caso compartir espacio vital conlleva expresar al otro lo que realmente se piensa y esa es la clave de la intimidad como algo que nos pertenece. No obstante, probando otras categorías de abordaje posible podríamos preguntarnos qué acogeríamos bajo los epígrafes *lo que digo, lo que hago, lo que pienso*, y quienes tendrían acceso a parte o a todo ello.

Una aproximación integradora a estos conceptos nos permitiría definir hoy la vida pública en Internet como lo observado, lo que decimos y hacemos estando accesible a todos los demás. Pero en gran medida la esfera privada que habla de lo que está accesible al grupo con que vivimos se solaparía con la anterior como algo cada vez más mezclado con lo público, una vida *público-privada* expuesta al decir y mostrar lo que hacemos creando apariencia de realidad. Si bien la íntima sigue siendo aquella donde nos permitimos enfrentarnos a lo que *realmente* pensamos, sin reglas, aunque ahora en gran medida con *la máquina como testigo*.

III. SOBRE EL FIN DE LA INTIMIDAD O UN MUNDO SIN PÁRPADOS

Ahora ustedes pueden ver sin descanso y en todo momento y de alguna manera han sido vistos, porque hasta en su intimidad suelen estar conectados. Y esto es parte de “lo terrorífico del animal de ojos duros y secos” del que (citando a Aristóteles...) hablaba Derrida⁹, “que ve todo el tiempo”, y ahora además es visto y ubicado, geolocalizado, casi en todo momento.

Si las subjetividades modernas se construyeron mirando a un lugar interior, hoy ese lugar parece abandonarse derivando a una llamativa *exteriorización del yo*. Como efecto, las personalidades tienden a mercantilizarse y tanto privacidad como intimidad se exponen en distintos grados, querámoslo o no. Al respecto indica Paula Sibilia que en lugar de precisar técnicas de “introspección” para mirar hacia dentro de uno mismo, lo que se promueven ahora son prácti-

⁸ Pardo, 1998, pp. 145-196.

⁹ Derrida, J. (1997), *Cómo no hablar y otros textos*, Barcelona: Proyecto A.

cas opuestas, prácticas que animan a mostrarse “hacia fuera”, prácticas que Eva Illouz¹⁰ denomina “estratégicas”.

Sin embargo, es distinto dirigir estas fuerzas de exposición desde dentro de sí mismo (intro) que desde fuera (por otros). Y he aquí una de las cuestiones que me parecen claves de la pregunta por *el fin de la intimidad*, pues todo apunta a que la externalización de la intimidad es un motor rentabilizado por el poder económico, azuzado por el mercado que en ella encuentra la materia prima para gestionar, predecir y condicionar a las personas desde la tecnología. Me parece que el conflicto estaría entonces en esta fuerza, en diferenciar cuándo es condicionada desde fuera y cuando es movilizada desde el interior.

Si en la vieja cultura de la intimidad clásica y la introspección, sugiere Sibilía¹¹ cómo el malestar era visto como “conflicto interior” o “como choque entre aspiraciones y deseos reprimidos” por convenciones sociales, ahora este sufrimiento es exterior y tiene lugar en “el campo de la performance física o mental”. La presión de la máscara personal constantemente exhibida resulta agotadora y amenaza sin descanso una reputación vulnerable y sobreexpuesta. Frente a la introspección y la hermenéutica, Sibilía llama la atención sobre cómo las formas de conocer y entender que propone la época se vuelven más técnicas, apoyándose en conocimientos sustentados en datos, en inteligencia artificial, biométrica y algoritmos. La tecnología toma y analiza la multitud de pistas sobre nosotros mismos, buscando desglosar la subjetividad para predecirnos y gestionarnos. Si acaso, nos devuelve una parte que nos permite conocernos de otras maneras, pero entretenidos en nosotros mismos, siendo vistos y neutralizados, viéndolo todo casi sin párpados y exhibidos 24 horas, pensamos que *alguien lo estará pensando*, la presuponemos *buena*.

Antropológicamente, lo que ha caracterizado a la mayoría de las culturas ha sido la protección de la vida privada. Sin embargo, llama la atención que esto no sólo no ocurre hoy con Internet, sino que ahora la vida privada busca exhibirse. Hoy los límites no están en lo privado, ni lo privado es lo que era. Sobre este asunto, afirmaba Eco¹² cómo “actualmente, a medida que tantos luchamos con la manera de definirnos en el mundo moderno, existe una amenaza mayor que la pérdida de privacidad: la pérdida de visibilidad. En nuestra sociedad hiperconectada, muchos de nosotros sólo queremos que nos vean”.

¹⁰ Illouz, E. (2007), *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires, Katz.

¹¹ Sibilía, 2008, p. 129.

¹² Eco, U. (2014), “Dando a cambio nuestra privacidad”, en *El espectador*, Bogotá: <<https://www.elespectador.com/opinion/dando-cambio-nuestra-privacidad-columna-505414>>

Lo que quiero entonces resaltar aquí es que en la contemporaneidad se asienta una transformación respecto al orden que comenzó a conformarse en el siglo XVIII posicionando un sujeto libre que precisaba vida pública, vida privada y vida íntima. Hoy la revolución digital y el marco capitalista promueven un escenario que reduce llamativamente los dos ámbitos que más singularizan al sujeto humanista: el íntimo y el público, estimulando una nebulosa de espacio público-privado hipervisibilizado en la red y llamativamente incentivado por el mercado.

La libertad no sólo implicaría tener derecho a una vida pública y a una vida íntima, sino poder enunciar la interioridad controlando nosotros mismos los límites, porque, recordando a Roland Barthes, “lo privado no es solamente un bien”, “es también, y más allá, el lugar absolutamente precioso, inalienable, en que mi imagen es libre (libre de abolirse)”¹³. Así, en el conflicto de esta enunciación, una cuestión esencial sería la autogestión de nuestra intimidad como base para la subjetividad y la vida pública.

Como anuncio que antecede lo que hoy vivimos señalaba Aranguren¹⁴ que nuestro tiempo se ha acogido a “una privatización que, vaciándose de intimidad, sustituye esta por el individualista culto al cuerpo”, y “la dedicación a la cosa pública por la entrega” también individualista, “a la publicidad”. Pienso que el anuncio se ha acentuado en un mundo conectado cada vez más intimidado, bloqueado y manipulable en lo colectivo, y sin duda más *estetizado*, un culto no tanto al cuerpo sino a la *imagen del cuerpo*.

Más recientemente en *La sociedad de la transparencia* sugería Byung-Chul Han¹⁵ que ese mundo donde nos publicitamos a nosotros mismos no debiera ser hoy entendido tanto como un teatro que nos anima a representar identidades, sino como “un mercado en el que se exponen, venden y consumen intimidades”. Esta idea es importante para situar lo que muchos advierten como una discontinuidad cultural e histórica de la humanidad: después de siglos protegiendo el ámbito más personal y privado, la intimidad hoy no solo no se protege sino que busca exhibirse. Bajo este planteamiento parece que en el mundo conectado los lugares de *representación* han sido sustituidos por los lugares de *exposición*.

IV. UNA INSACIABLE ESFERA PÚBLICO-PRIVADA¹⁶

Los actuales lugares de exposición del sujeto podrían ser el resultado de la erosión de clásicas esferas que Internet ha hecho confluír, y que hasta hace poco

¹³ Barthes, R. (2010), *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Barcelona: Paidós, p. 110

¹⁴ Aranguren, J. L., “El ámbito de la intimidad”, en Castilla del Pino, C. (1989), *De la Intimidad*. Barcelona: Crítica, pp. 17-24.

¹⁵ Han, Byung-Chul (2013), *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder.

¹⁶ Desarrollo esta idea en *Un cuarto propio conectado* (Fórcola, 2010).

nos permitían articular nuestra visión y comprensión del mundo. Desarrollo algunas de estas confluencias en mi obra reciente (especialmente en *Un cuarto propio conectado* y en *Ojos y capital*). Entre ellas resalto: a) intersección de espacios de producción, recepción y circulación en la red; b) solapamiento de espacios de presentación y representación del sujeto; c) erosión de las esferas pública y privada; d) disolución entre lo profesional y amateur; e) nuevos límites y formas de colectividad.

La manera en que estos cambios han sido asumidos por nuestro tiempo dista de las primeras lecturas deconstructivas sobre la identidad en la red en los noventa, donde artistas y filósofos especulaban un mundo liberado de los estereotipos gracias a la pantalla como interfaz y al aplazamiento del cuerpo. Sin embargo, la mercantilización del mundo *online* ha sostenido al sujeto convirtiéndolo en producto acreditable, casi siempre en viejas categorías, reclamándole constantes fragmentos de realidad (imagen y vídeo que acrediten su existencia), habilitando todo tipo de espacios que favorecen que el *yo privado* se convierta en una *representación pública*.

También el alejamiento de los individuos de los intereses colectivos los ha hecho más insolidarios e indiferentes a la identidad política, más dóciles ante una enésima forma de individualismo. La mercantilización de las redes afectivas y la digitalización del trabajo, y de la preparación ante un posible trabajo (cada vez más supeditado a la exhibición pública), se ha ido apropiando del tiempo propio, pero también ha alejado a las personas de su responsabilidad colectiva.

De hecho, llama la atención cómo la mayor parte del tiempo vivimos una ilusión de imposiciones y autoimposiciones constantes, sin proyectos comunes, en una vida que en sus formas desechables, veloces y plagada de estímulo describiría como *precaria*. Y me parece que es la sensación de agotamiento de un mundo ávido de yo y de presente, disfrazado de elección y privacidad que termina siendo *mundo social fingido* y mercantilizado, parte esencial de lo que nos engancha y (auto)explota.

La preocupación por uno mismo y la precarización de un desarrollo profesional y vital bajo la ilusión de una *buena vida* cada vez más dificultada, engancha al presente tecnológico y pospone permanentemente la vida emancipada (*cuando termine este proyecto, cuando consiga una acreditación, cuando pague el préstamo, cuando logre trabajo de verdad, cuando consiga empleo en mi ciudad...*). Fácilmente entonces se borran de los días esos tiempos de vida reflexiva o meramente ociosa, que no es autogestión digital del yo o trabajo, entreteniéndolo a las personas en una socialización que parece voluntaria pero se vive como obligada, porque tus redes tratan de ti mismo y tú eres tu trabajo.

Asuntos público-privados se entrelazan en un nuevo ámbito borroso y siempre expuesto caracterizado por la precariedad en sus formas de “exceso, velocidad y obsolescencia”¹⁷. Un magma hiperproductivo de yoes siempre competitivos, mediado por tecnología y gestionado por empresas privadas que percibimos como espacio público. Así, se asienta hoy una suerte de ámbito público-privado en la red que derrama privacidad inconteniblemente, convirtiéndola en otra cosa. Nuevos nombres surgirán para ella.

En este contexto, la tendencia del mercado por someternos a constantes presiones de autocambio movidos por promesas de autorrealización nos mantiene motivados y siempre conectados. Al respecto, advierte la socióloga Eva Illouz cómo hace tiempo que “el capitalismo emocional” se sustenta en la conversión de las emociones en una nueva forma de capital y se basa en intercambiar y comerciar con ellas, transformándolas en el núcleo de las estrategias de “diálogo, reconocimiento, intimidad y emancipación”¹⁸.

Sin embargo, compartir esta esfera público-privada no conlleva expresar al otro lo que real e íntimamente se piensa. Dado que todo tiende a estar registrado cabría pensar si el sujeto no deriva a una vida plenamente basada en la apariencia y el fingimiento, replegando su intimidad a la desconexión, o a los recovecos de anonimato y exabrupto donde la tecnología es el único testigo. Nunca antes como ahora ha sido tan difícil mantener las mentiras consensuadas entre el *decir*, el *hacer* y el *pensar*. Especialmente desde que gran parte de nuestra vida es archivada.

Ahora los mundos se graban por defecto. Una gran máquina de memoria atraviesa y muta la vida humana, transformándola y amenazando con hacernos vivir al lado de nuestros fragmentos digitalizados de vida, con hacernos más temerosos y fingidores, protegidos y encerrados en la máscara al mismo tiempo.

Y pensamos que sólo el pensar íntimo nos pertenece pero siempre que no esté monitorizado, ubicado o registrado por la máquina. Porque el decir y el hacer han pasado a ser dominio público con la tecnología. Y cuando todo puede ser escrutado, la reputación se hace frágil. Echarla por tierra es mucho más sencillo que construirla. No extraña que la máscara *online* se convierta a menudo en una cárcel, y que los sujetos se blinden en la masa o en la impostura. No extraña que en un escaparate de fingimiento y celeridad la crítica reflexiva esté seriamente en riesgo.

Malos tiempos para matices y contradicciones allí donde el sujeto impaciente está saturado y confuso ante la complejidad y el exceso, donde los titulares y men-

¹⁷ Desarrollo estas categorías en mis libros *Ojos y capital* (Consonni, 2015) y *El entusiasmo* (Anagrama, 2017).

¹⁸ Illouz, E. (2007), *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires, Katz, pp. 228-229.

sajes claros de las voces más altas son fáciles de entender porque la desigualdad y la injusticia se nos hacen muy visibles y, tristemente, la justicia se nos hace lenta y poco visible, porque requiere tiempo y por supuesto requiere párpados.

V. INTIMIDAD DELEGADA Y SUJETO DESAPASIONADO

La deriva hacia la impostura que acabo de esbozar dibuja un escenario idóneo para que germinen formas desapasionadas del sujeto, condicionadas por fuerzas donde tecnología y mercado se alían en lo que filósofos como Eric Sadin denomina “tecnoliberalismo”¹⁹. Ayuda que, cada vez más, en la experiencia cotidiana cedamos la comprensión directa del mundo delegando en aplicaciones informáticas que buscan orientarnos e iluminarnos entre el exceso. De forma que este sujeto desapasionado²⁰ al que me refiero parece fundirse sin apenas resistencia con la tecnología cediéndole, en mayor o menor grado, datos y archivo, decisiones y juicio.

Delegar en la tecnología se normaliza hoy como algo incuestionable para el sujeto que descansa de su ansiedad confiando en que la tecnología es su mejor aliada, fundiendo altas dosis de intimidad con la máquina. *Ella sabe, todos lo hacen*. La apariencia omnisciente de la tecnología la presenta capaz de proporcionar las más rápidas y testadas respuestas, de sugerir lo que la mayoría hace en situaciones similares, de recomendar y favorecer una decisión, sin esfuerzo. Para Sadin lo más relevante de este trance sería cómo se pone en cuestión “la facultad de juicio”, el sujeto. Bajo esta mirada, frente a la ambición inagotable de los nuevos capitalismo por “predecir” y condicionar el curso de nuestras vidas, hoy más que nunca lo que cabría proteger sería esta autonomía, la intimidad que la acoge, la libertad de acción para salir y entrar, los vacíos necesarios para vidas más emancipadas.

La fácil encomienda y la gran cantidad de alternativas visibles (presentadas en su exceso como bloqueo anticipado) asientan un sujeto pasivo y confuso, desglosado en datos, desplegado en categorías, cuantificado y operacionalizado, al que se le anima a intervenir en opciones previamente categorizadas según personalidad, gustos, biografía, trabajos, aficiones, índice de impacto, *Scholar, méritos a, b, c...*, generando espejismo de libertad donde los campos ya predeterminan y ex-

¹⁹ Sadin, E. (2017), *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Caja Negra: Buenos Aires.

²⁰ Este “sujeto desapasionado” del que hablo guardaría similitudes con lo que Javier Echeverría denomina “tecnopersonas”, identificadas a partir de claves de usuario, contraseñas y otros números asociados a servicios Internet, una tecnopersona tiene una conciencia “mínima” de lo que hace, sigue la inercia. Ver: Echeverría, J. (2017), *El Arte de Innovar. Naturalezas, Lenguajes, Sociedades*. Madrid: Plaza y Valdés.

cluyen. Pero también el seguimiento y control tecnológicos, la medición radical de nuestro trabajo y relaciones a través de aplicaciones nos exponen a la rivalidad y el autoanálisis permanente, a un mundo regido por la estadística, donde hasta el conocimiento parece supeditarse a esquemas siempre operacionalizables. No extraña entonces la puesta en crisis de la filosofía y el arte tan reacios a este encaje.

Porque si son los números lo que ahora más nos define, son también lo que más fácilmente se *hackea*. Los números como los seguidores, se compran y se fabrican. Sadin²¹ advierte que en este contexto el sujeto ve limitada su capacidad de inventiva, su espontaneidad y curiosidad, dificultando desarrollar lo que difícilmente puede medirse, forzando su ajuste en compartimentos ya delimitados, su exclusión cuando discurre en los márgenes de dichos campos. Porque de distintas maneras en nuestra vida cotidiana sentimos la presión que empuja a ser traducidos a un mismo idioma-código, la humanidad monitorizada en pro de hacer el mundo operativo, de no renunciar a la velocidad productiva. Porque, ¿qué pasa con lo que no puede ser simplificado en número?

Y me parece que si la intimidad (no reducida a número) está en riesgo, es también porque es uno de los principales puntos de resistencia del sujeto. Allí donde recuperar el tiempo propio y la desconexión, para la conciencia y la alianza con otros, la concentración, la distancia reflexiva, la libertad y la capacidad de disentir y cuestionar, de hacer convivir las contradicciones y el conflicto, la vida interior, y también lo inefable. Justo de lo que nos ocupamos en el arte y la filosofía. Porque el arte y la filosofía no solo interpelan al sujeto pudiendo favorecer autoconciencia, sino que nos ayudan a descolonizarla de viejos y nuevos dominios, a gestionar las puertas que abren y cierran la intimidad, resistiendo tanto las fuerzas que presionan a una exhibición constante, como las que han condenado a muchos a una reclusión e intimidad permanente.

VI. FEMINISMO Y GESTIÓN POLÍTICA DE LA INTIMIDAD

Y a esto apunta la última idea por la que les propongo transitar: cómo el feminismo se vale de Internet para visibilizar y compartir lo privado desde una intencionalidad política. Es decir, cómo el feminismo nos permite identificar que lo emancipador de la intimidad no es habitarla permanentemente, sino poder habitarla, deconstruirla y significarla libremente, manejar el párpado o la llave para entrar y salir en ella. Porque, recordando a Virginia Woolf²², aunque sea desagradable que las puertas se cierren y la dejen a una afuera, quizá sea peor aún estar encerrada dentro.

²¹ Sadin, E. (2017), *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Caja Negra: Buenos Aires.

²² Woolf, V. (1989), *A Room of One's Own*. New York: Harcourt Brace.

En esta crítica, si los lenguajes del poder y de la historia son parte de lo que el feminismo critica en la subordinación histórica de las mujeres y en la colonización de su intimidad, no debe extrañar que nos ayudemos de prácticas artísticas y creativas que nos permitan desmontar discurso y escrituras sin limitarnos exclusivamente a los métodos y formas asentados por un poder aquí cuestionado. Así, no es asunto menor que el arte feminista²³ se haya caracterizado por considerar como núcleo de representación la vida privada e íntima de las mujeres. Los escenarios son recurrentes: la casa, la jaulas, la vida doméstica, un mundo infinito de puertas y habitaciones a las que entrar pero de las que no siempre se puede salir. Y que lo hayan hecho no solo con palabras, sino también con performance, instalaciones, pinturas, vídeo y otras formas de expresión que buscaban compartir lo inefable de la intimidad política.

Así, como máximas expresiones simbólicas de contextos de intimidad, la casa pero también el cuerpo protagonizaron el arte feminista reciente. La casa de la que no se puede salir y el cuerpo del que tampoco. Un cuerpo femenino como intimidad habitualmente apropiada y significada por otros. De su conciencia se deducen diversas estrategias “extáticas” como las sugeridas por Virginia Woolf o Simone de Beauvoir y sintetizadas por Rosi Braidotti²⁴ al hablar de la necesidad de matar al “ángel de la casa”, liberando a la mujer de su reducción al cuerpo y a los cuidados de otros cuerpos, ayudándola a recuperar su *subjetividad*. O también estrategias de encarnación como la referida igualmente por Braidotti al hablar de “bajar al ángel del cielo”, en relación a los hombres, rompiendo su abstracción e identificación simbólica con *lo humano*, ayudándoles en su caso a recuperar una materialidad perdida.

En esa misma línea, visibilizar y presentar *lo abyecto* y escondido de la intimidad ha sido también un recurso estético y político habitual en el arte feminista de las últimas décadas. De ello trataría la más que frecuente iconografía en torno a la *vulva*, eufemísticamente llamada “partes íntimas”, criticando cómo la cultura occidental ha tendido a degradarla, recluyendo y patologizando el deseo y la sexualidad de las mujeres.

En Internet estas formas estéticas y políticas perviven incrementadas por las posibilidades de la *autonarración* de mundos íntimos y privados. Hay en ella un ejercicio de pronunciamiento del yo, de verbalización y difusión de lo no normalizado y escondido culturalmente, pero también de lo que siendo íntimo ha sido *opresivo*. La campaña *MeToo* y otras similares de publicación *online* de experiencias reales de violencia sufrida por las mujeres serían un ejemplo reciente.

²³ Zafra, R., (2014). “Arte, feminismo y tecnología”. *Quaderns de Psicologia*, Universidad Autónoma de Barcelona, Vol. 16, No 1, pp. 97-109.

²⁴ Braidotti, R. (1996), “Cyberfeminism with a difference”. *New Formations*, 29, 9-25.

Hacer público aquello que culturalmente nos enseñan a sentir íntimo e indecible mientras nos empequeñece y daña es una cuestión política. Porque la intimidad también se alimenta de cultura de dominación que se entrena para que las violencias e intimidaciones avergüencen a quienes las sufren y no a quienes las ejercen. Es decir, para que la violencia sea pilar estructural de muchas intimidades.

En Occidente *callar* ha sido una cualidad valorada en las mujeres. Las convenciones y los prejuicios conforman gran parte de los silencios y subordinaciones, entre lo que el sujeto desea y lo que *consiente*. Para Camps²⁵, el tipo de ética que rige los ámbitos público y privado viene dado por las necesidades que las personas deben satisfacer. Necesidades que difieren en cada momento histórico y que nos permitirían observar dobles o incluso “múltiples morales”. Las que rigen afuera, al otro lado de la puerta y las que se permiten dentro. Cada época autoriza un tipo de “mentiras consensuadas” que consiente implícitamente, aunque no reconozca en sus escritos y leyes.

De esta forma se han demarcado espacios privados e impenetrables, espacios donde se invisibilizaban cosas que hablan tanto de la íntima libertad del *a solas*, como de la desigualdad y poder de unos sobre otros, legitimados en tanto *no vistos*. Esta sería otra forma de presentar el poder sobre la intimidad ejercido desde la primacía ocularcentrista. Aquello a lo que se ha dado luz y visión pública, frente a lo restringido a la reproducción de la vida y a los saberes íntimos sin poder de reacción, lo que ha quedado fuera del marco de la mirada pública.

Antropológicamente las comunidades arbitran mecanismos para garantizar el mantenimiento de sus límites desde formas de poder. Por ejemplo, en nuestra cultura cruzar la frontera de lo privado se ha penalizado al vincularlo con el “chisme”, minusvalorando y feminizando esta práctica a la que se ha restado credibilidad. Ahí han habitado numerosas acciones feminizadas sobre las que el poder ha actuado no excluyendo, negando u ocultando, sino denostando e infravalorando. Esa perversa forma de neutralizar a los *desiguales*.

Visibilizar lo que se oculta y duele es un potente gesto político que se amplifica cuando las intimidades se muestran y van encontrando con iguales, como ha ocurrido en Internet. Esa es, creo yo, la gran revolución feminista de este tiempo, la alianza global entre iguales. Y claro que visibilizar lo íntimo nos expone al escrutinio público, pero también nos libera de la coacción, adelantándonos a la posible instrumentalización de los otros.

Toda emancipación pasa por el poder de autogestionar la propia intimidad, porque la intimidad es política y base del empoderamiento de los desiguales. No es poca cosa. Y pienso cómo, por ejemplo, en cualquier otro momento del

²⁵ Camps, V, “La reconstrucción de lo público y lo íntimo”, en Castilla del Pino, C. (1989), *De la Intimidad*. Barcelona: Crítica, pp. 59-76.

pasado (y no quisiera pensar que de algún futuro) una mujer de origen humilde no estaría escribiendo aquí, estaría trabajando en casa, una mujer con la visión muy mermada estaría encerrada en casa, una mujer joven vendría anticipada en el ámbito público por un vínculo con un hombre, y habitualmente precedida de una imagen y un cuerpo sobre los que opinar y tomar partido. En cualquier caso, en el pasado (y en no pocos lugares presentes distintos a este donde escribo) esa hipotética persona habría sido ante todo *intimidad*. Bajo esta impresión de confinamiento cultural e histórico no sería un mal especular el fin, no ya de la intimidad, sino de su dominio desde un poder externo.

Para quienes han sido objeto de desigualdades sociales ese dominio está cambiando aquí y en lugares localizados del mundo. Se trata de cambios que no surgen sin esfuerzo y que precisan la movilización teórica y política que empieza en la conciencia íntima y continua en la solidaridad comunitaria, en los valores humanistas que muchos celebramos y reivindicamos.

No cabría entonces olvidar que las lecturas sobre un especulado fin de la intimidad en un mundo conectado son diversas y hablarían, cuando menos, tanto de las posibilidades de emancipación y alianza derivadas de la visibilidad de la intimidad política, como de nuevos dominios globales disfrazados de tecnología amable y liberadora que dibujan, a la altura de su complejidad, nuevos riesgos para esta autogestión de la intimidad que aquí reclamo. Tanto es así que la advertencia de Virginia Woolf debiera leerse siempre en su doble sentido, porque tan inquietante sería una vida reducida a la intimidad como estar privados de ella.

Siempre los ojos, nuestros ojos, precisan párpados para devolvernos al mundo interior. Incluso cuando las pantallas fijan y endurecen la visión haciéndonos sujetos entretenidos en *ver* sin descanso, los párpados pueden funcionar como interruptor de conciencia y vacío, pero también hacernos balancear para romper la inercia. Quizá incluso nos ayuden a perder el equilibrio de quien está siempre frente a una pantalla, tropezándonos con el mundo material, o con alguien que está *al lado*, como parte de esa comunidad borrosa de intimidades conectadas que de pronto descubren el poder de *(des)conectar*.

BIBLIOGRAFÍA

- Aranguren, J. L., “El ámbito de la intimidad”, en Castilla del Pino, C. (ed.) (1989), *De la Intimidad*. Barcelona: Crítica, pp. 17-24.
- Bachelard, G. (2006), *La tierra y las ensoñaciones del reposo. Ensayo sobre las imágenes de la intimidad*. Fondo de Cultura Económica: México D.F.
- Barthes, R. (2010), *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2007), *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Paidós.

- Béjar, H. (1987), "Autonomía y dependencia: la tensión de la intimidad", en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 37, pp. 69-90.
- Braidotti, R. (1996), "Cyberfeminism with a difference". *New Formations*, 29, 9-25.
- Camps, V., "La reconstrucción de lo público y lo íntimo", en Castilla del Pino, C. (ed.) (1989), *De la Intimidad*. Barcelona: Crítica, pp. 59-76.
- Castilla del Pino, C. (ed.) (1989), *De la Intimidad*. Barcelona: Crítica.
- Crary, J. (2008), *Suspensiones de la percepción. Atención, espectáculo y cultura moderna*. Madrid: Akal.
- Derrida, J. (1997), *Cómo no hablar y otros textos*, Barcelona: Proyecto A.
- Echeverría, J. (2017), *El Arte de Innovar. Naturalezas, Lenguajes, Sociedades*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Eco, U. (2014), "Dando a cambio nuestra privacidad", *El espectador*; Bogotá: <https://www.elsepectador.com/opinion/dando-cambio-nuestra-privacidad-columna-505414>.
- Giddens, A. (1998), *La transformación de la intimidad. Intimidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Cátedra: Madrid.
- Han, Byung-Chul (2013), *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder.
- Haraway, D. (1992), "Ecce homo, Ain't (Ar'n't) I a woman and inappropriate/d others. The Human in a Post-Humanist Landscape", en J. Butler y J. Scott (comp.), *Feminists theorize the political*, Londres: Routledge.
- Illouz, E. (2007), *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires, Katz.
- Lovink, G. (2004), *Fibra oscura. Rastreado la cultura crítica de Internet*. Madrid: Tecnos.
- Martín Prada, J., (2018), *El ver y las imágenes en el tiempo de Internet*. Madrid: Akal.
- Pardo, J. L. (1998), "Políticas de la intimidad. Ensayo sobre la falta de excepciones", *Logos: Anales del Seminario de Metafísica*, N° 32, 1998-99, pp. 145-196.
- Sadín, E. (2017), *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Caja Negra: Buenos Aires.
- Sibilia, P. (2008), *La intimidad como espectáculo*. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.
- Steyerl, H. (2014), *Los condenados de la pantalla*. Buenos Aires: Caja negra editora.
- Wolf, V. (1989), *A Room of One's Own*. New York: Harcourt Brace.
- Zafra, R. (2010), *Un cuarto propio conectado. (Ciber)espacio y (auto)gestión del yo*. Madrid: Fórcola.
- Zafra, R. (2014). "Arte, feminismo y tecnología". *Quaderns de Psicologia*, Universidad Autónoma de Barcelona, Vol. 16, No 1, 97-109.
- Zafra, R. (2015), *Ojos y capital*. Bilbao: Consonni.
- Zafra, R. (2017), *El entusiasmo*. Barcelona: Anagrama.